

**Robert James
Waller**

**Los puentes
de Madison
County**

Traducción de **Alicia Steimberg**

Navoia

Primera edición Agosto de 2020

Segunda edición Mayo de 2022

Publicado en Barcelona por Editorial Navona SL

Editorial Navona es una marca registrada de Suma Llibres SL

Aribau 153, 08036 Barcelona

navonaed.com

Dirección editorial Ernest Folch

Edición Xènia Pérez

Diseño gráfico Alex Velasco y Gerard Joan

Maquetación y corrección Digital Books

Papel tripa Oria Ivory

Tipografías Heldane, Minion Pro Caption y Studio Feixen Sans

Distribución en España UDL Libros

ISBN 978-84-19311-06-1

Depósito Legal B 4126-2022

Impresión Romanyà-Valls, Capellades

Impreso en España

Título original *The Bridges of Madison County*

© Robert James Waller, 1992

Publicado por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency S.L.

Todos los derechos reservados

© de la presente edición: Editorial Navona SL, 2022

© de la traducción: Alicia Steimberg, 1992

Navona apoya el copyright y la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad intelectual, produce nuevas voces y crea una cultura dinámica. Gracias por confiar en Navona, comprar una edición legal y autorizada y respetar las leyes del copyright, evitando reproducir, escanear o distribuir parcial o totalmente cualquier parte de este libro sin el permiso de los titulares. Con este libro, apoya a los autores y ayuda a Navona a seguir publicando.

A los peregrinos

PRÓLOGO

Algunas canciones llegan de las praderas de flores azules, libres del polvo de mil caminos. Esta es una de ellas. A última hora de una tarde de otoño de 1989 estoy sentado ante mi escritorio, mirando el titilar del cursor en la pantalla del ordenador, cuando suena el teléfono.

Me llama un tal Michael Johnson, que antes vivía en Iowa y ahora vive en Florida. Un amigo de Iowa le ha enviado uno de mis libros. Michael Johnson lo ha leído, también su hermana Carolyn, y tienen una historia que podría interesarme. Michael es parco en palabras, rehúsa decir nada sobre la historia; solo repite que Carolyn y él están dispuestos a viajar a Iowa para hablarme de ello.

Me intriga que estén dispuestos a hacer ese esfuerzo a pesar de mi escepticismo sobre estos ofrecimientos. De manera que acepto encontrarme con ellos en Des Moines la semana siguiente.

Nos vemos por primera vez en un hotel de la cadena Holiday Inn cerca del aeropuerto, disminuye gradualmente la tensión, y ahí están los dos, sentados frente a mí, mientras fuera cae la tarde y nieva suavemente.

Me arrancan una promesa: si decido no escribir la historia, debo dar mi palabra de que nunca revelaré lo que tuvo lugar en Madison County, Iowa, en 1965, ni otros acontecimientos relacionados que ocurrieron durante los siguientes veinticuatro años. Muy bien, es razonable. Al fin y al cabo la historia es suya, no mía.

De modo que me limito a escuchar. Escucho muy atentamente, y hago preguntas difíciles. Y ellos hablan. Hablan y hablan y hablan. En ciertos momentos, Carolyn llora abiertamente y Michael se esfuerza por no hacerlo. Me muestran documentos y recortes de revistas, y una serie de cuadernos escritos por su madre, Francesca.

El camarero va y viene. Pedimos más café. Mientras hablan, comienzo a ver imágenes. Primero hay que formarse imágenes, luego vienen las palabras. Y comienzo a oír las palabras, a verlas escritas en el papel. Poco después de medianoche acepto escribir la historia. O al menos intentarlo.

Les costó tomar la decisión de hacer pública la historia. Las circunstancias son delicadas, involu-

cran a su madre y, más tangencialmente, a su padre. Michael y Carolyn admitían que divulgar estos hechos podía desatar habladurías groseras y manchar la memoria de Richard y Francesca Johnson.

Sin embargo, en un mundo en que el compromiso personal en todas sus formas parece desmoronarse y el amor se ha convertido en un asunto de conveniencia, los dos sentían que valía la pena contar esta notable historia. En ese momento pensé que tenían razón, y sigo pensándolo con mucha convicción ahora.

Durante mi investigación y mientras escribía el texto, solicité tres reuniones más con Michael y Carolyn. En cada ocasión, y sin ninguna protesta, viajaron a Iowa. Deseaban fervientemente que se narrara la historta con toda exactitud. Unas veces simplemente hablábamos; otras recorríamos lentamente los caminos de Madison County, mientras ellos me señalaban los lugares que habían tenido un papel significativo.

Además de utilizar la ayuda que me proporcionaron Michael y Carolyn, este relato está basado en la información encontrada en los cuadernos de Francesca Johnson; en la investigación realizada en el noroeste de los Estados Unidos, particularmente en Seattle y Bellingham, en el estado de Washington; en la indagación efectuada,

sin que trascendiera, en Madison County, estado de Iowa. También me he inspirado en los ensayos fotográficos de Robert Kincaid; y en los detalles complementarios que me dieron los editores de las revistas y los fabricantes de películas y equipo fotográfico. Por fin, mantuve largas y enriquecedoras conversaciones con varios ancianos encantadores en la residencia del condado de Barnesville, en el estado de Ohio, que recordaban a Kincaid desde su infancia.

A pesar del esfuerzo en la investigación, quedan incógnitas. En esos casos he agregado algo de mi propia imaginación, pero solo cuando podía deducirlo de mi íntimo conocimiento de Francesca y Robert Kincaid, a los que había ido descubriendo poco a poco. Confío en haber llegado muy cerca de lo que realmente sucedió.

Pero desconozco, por ejemplo, los pormenores de un viaje que hizo Robert Kincaid por el norte de los Estados Unidos. Sabemos que lo realizó por una serie de fotografías que luego se publicaron, notas manuscritas que dejó al editor de una revista y una breve mención que aparece en los cuadernos de Francesca Johnson. Usando estas fuentes como guía, creo haber adivinado el camino que tomó desde Bellingham hasta Madison County en agosto de 1965. Cuando volvía en

coche yo mismo hasta allí, al final de mis viajes, sentía que de alguna manera me había transformado en Robert Kincaid.

No obstante, tratar de capturar la esencia de Kincaid fue la parte más exigente de mi investigación y de la escritura del texto. Es una figura esquiva. A veces parece común y corriente, otras etéreo y hasta espectral. En su trabajo era un profesional consumado. Sin embargo, se veía a sí mismo como una especie de animal salvaje que se estaba quedando anticuado en un mundo cada vez más ordenado. Una vez habló del «implacable lamento» del tiempo dentro de su cabeza, y Francesca Johnson lo describía como «un ser que vive en lugares extraños, embrujados, muy anteriores a la lógica de Darwin».

Quedan dos apasionantes preguntas sin respuesta. En primer lugar, no hemos podido aclarar qué ocurrió con los archivos fotográficos de Kincaid. Dada la naturaleza de su trabajo, hubo probablemente centenares, millares de fotografías. No se han recuperado. La hipótesis más creíble, y que sería coherente con la forma en que se veía a sí mismo y a su lugar en el mundo, es que las destruyera antes de su muerte.

El segundo interrogante se refiere a su vida entre 1975 y 1982. Hay muy poca información al

respecto. Sabemos que vivió modestamente unos años haciendo retratos en Seattle y que siguió fotografiando la zona de Puget Sound. Aparte de eso no tenemos nada. Un detalle interesante es que todas las cartas que le envió la Social Security Administration y la Veterans Administration llevaban la inscripción «Devolver al remitente» escrita de su puño y letra, y efectivamente fueron devueltas.

La preparación y la redacción de este libro han modificado mi visión del mundo, han transformado mi manera de pensar y, sobre todo, han reducido mi nivel de cinismo respecto a lo que es posible en el campo de las relaciones humanas. Al llegar a conocer a Francesca Johnson y a Robert Kincaid como lo hice, a través de mi investigación, descubro que los límites de esas relaciones pueden extenderse mucho más allá de lo que yo pensaba. Tal vez ustedes experimenten lo mismo al leer esta historia.

No será fácil. En un mundo cada vez más insensible, todos hemos desarrollado caparazones contra la sensiblería. No sé bien dónde termina la gran pasión y empieza el sentimentalismo. Pero nuestra tendencia a mofarnos de la gran pasión, y a tildar de sensibleros los sentimientos genuinos y profundos, dificulta la entrada al reino de la de-

licadeza, tan necesaria para comprender la historia de Francesca Johnson y Robert Kincaid. Sé que tuve que vencer esa tendencia inicial antes de poder empezar a escribir.

Sin embargo, si ustedes se acercan a este texto renunciando momentáneamente a su incredulidad, confío en que experimentarán lo que yo he experimentado. En los espacios imparciales de sus corazones, pueden incluso encontrar, como Francesca Johnson, un lugar para bailar otra vez.

ROBERT WALLER
Cedar Falls, Iowa
Verano de 1990

ROBERT KINCAID

En la mañana del 8 de agosto de 1965, Robert Kincaid cerró con llave la puerta de su apartamento de dos estancias en el tercer piso de un edificio destartado de Bellingham, en el estado de Washington. Bajó por la escalera de madera con una mochila cargada con el equipo fotográfico y una maleta, y siguió por un pasillo hasta la puerta del fondo. Su vieja camioneta Chevrolet estaba estacionada en el espacio reservado a los residentes del edificio.

Otra mochila, una nevera portátil, dos trípodes, cartones de cigarrillos Camel, un termo y una bolsa de fruta se encontraban ya en el interior del coche. Kincaid colocó las mochilas en el asiento y dejó la nevera y los trípodes en el suelo. Subió a la cabina y guardó el estuche de la guitarra y la maleta en un rincón, sujetándolos con la rueda de repuesto que había a un lado atándolos con

una cuerda. También puso un hule negro bajo la misma.

Se sentó al volante, encendió un Camel y repasó mentalmente la lista: doscientos rollos de películas de diversas clases, la mayor parte Kodachrome de velocidad lenta, trípodes, nevera, tres cámaras y cinco lentes, vaqueros y pantalones caqui, camisas, y chaleco de fotógrafo. Bien. Si se había olvidado de algo, podía comprarlo por el camino.

Kincaid llevaba vaqueros desteñidos, botas de campo Red Wing bastante usadas y tirantes de color naranja. Del ancho cinturón, guardado en su vaina, colgaba un cuchillo del ejército suizo.

Miró su reloj. Las ocho y diecisiete. La camioneta arrancó en el segundo intento y retrocedió, cambió de velocidad y avanzó lentamente por la callejuela bajo un sol brumoso. Recorrió las calles de Bellingham, tomó la carretera 11 hacia el sur, siguió durante varios kilómetros la línea de la costa de Puget Sound y luego fue por la autopista, hacia el este, hasta un poco antes de la carretera 20.

Giró y, de cara al sol, Kincaid eligió el largo camino que serpenteaba en dirección a las cascadas. Le gustaba la región, y no tenía prisa; se detenía de vez en cuando a hacer anotaciones sobre posibilidades interesantes para futuros viajes o a

sacar lo que él llamaba «instantáneas de la memoria». El propósito de esas rápidas fotos era recordarle lugares que podía volver a visitar y conocer con más detalle. Al final de la tarde dobló hacia el norte en Spokane y tomó la carretera 2, que lo llevaría por el norte de los Estados Unidos a Duluth, en el estado de Minnesota.

Por milésima vez en su vida deseó tener un perro, quizás un perdiguero dorado, para viajes como este y para que le hiciera compañía en casa. Pero viajaba a menudo al extranjero, casi siempre del otro lado del océano, y no sería justo para el animal. Sin embargo, no abandonaba la idea. En unos años sería demasiado viejo para el duro trabajo de reportero. «Entonces tendré un perro», le dijo al verde pinar que veía pasar por la ventanilla de la camioneta.

En estos viajes siempre le daba por hacer un inventario. El perro era parte de ese inventario. Robert Kincaid estaba lo más solo que se puede estar. Era hijo único, sus padres habían muerto; solo le quedaban unos parientes lejanos que lo habían perdido de vista, como él a ellos. Conocía el nombre del propietario del mercado de la esquina, en Bellingham, y el del dueño del negocio de fotografía donde compraba sus materiales. También mantenía relaciones profesionales con algu-

nos editores de revistas. Fuera de ellos, no conocía bien a casi nadie. A los gitanos les cuesta hacerse amigos de la gente común, y él era un poco gitano.

Pensó en Marian, que lo había dejado nueve años atrás, después de cinco de matrimonio. Ahora Kincaid tenía cincuenta y dos, lo cual significaba que ella estaba llegando a los cuarenta. Marian soñaba con dedicarse a la música, y ser cantante folk. Sabía todas las canciones de los Weavers y las cantaba muy bien en los cafés de Seattle. En aquellos tiempos, cuando Robert llegaba a casa, la llevaba en coche a reuniones de músicos de jazz y se sentaba entre el público a oírla cantar.

Sus largas ausencias, a veces de dos o tres meses, eran perjudiciales para el matrimonio. Él lo sabía. Marian estaba enterada de lo que él hacía cuando se casaron, y pensaron que de algún modo podrían asumirlo. No pudieron. Cuando Robert volvió tras realizar un reportaje en Islandia ella no estaba. Había dejado una nota: «Robert, no ha funcionado. Te dejo la guitarra Harmony. Llámame».

No lo hizo. Ella tampoco. Firmó los papeles del divorcio cuando llegaron un año después y, al día siguiente, tomó un avión para Australia. Ella no pedía nada; solo su libertad.

Se detuvo para pasar la noche en Kalispell, en Montana. Ya era tarde. El Cozy Inn parecía barato y lo era. Llevó sus cosas a una habitación que tenía dos lámparas de mesa, una de ellas con la bombilla fundida. Ya en la cama, mientras leía *The Green Fields of Africa* bebiendo una cerveza, sentía el olor de las fábricas de papel de Kalispell. Por la mañana salió a correr cuarenta minutos; después, hizo cincuenta flexiones y usó las cámaras como pequeñas pesas para completar el ejercicio rutinario.

Cruzó la parte alta de Montana, entró en Dakota del Norte, y la zona despojada, llana, le pareció tan fascinante como las montañas o el mar. El lugar emanaba una especie de austera belleza, y se detuvo varias veces, colocó un trípode y tomó varias fotos en blanco y negro de las viejas construcciones de las granjas. Ese paisaje respondía a sus inclinaciones minimalistas. Las reservas indias eran deprimentes, por las razones que todo el mundo conoce e ignora. Ese tipo de población no era mejor en el noroeste de Washington ni en ninguna otra parte que él hubiese visto.

En la mañana del día 14, dos horas después de salir de Duluth, dobló hacia el noreste y siguió por un camino secundario hacia Hibbing y las minas de hierro. El polvo rojo flotaba en el aire, y

había grandes máquinas y trenes especialmente diseñados para llevar el mineral hasta los cargueros de Two Harbors, en el Lago Superior. Pasó la tarde visitando Hibbings y no lo encontró a su gusto, a pesar de que Bob Zimmerman-Dylan fuese originario de allí.

La única canción de Dylan que realmente le había gustado era «Girl from the North Coutry». La cantaba para sí mismo mientras dejaba atrás esa región y sus gigantescos agujeros rojos en la tierra. «Si viajas por la feria del norte, donde golpea el viento en la frontera...».

Cantaba esa canción acompañándose con la guitarra. Marian le había enseñado algunos acordes y arpeggios. «Me dejó más ella a mí que yo a ella», le dijo una vez a un barquero borracho en una taberna llamada McElroy's Bar, en algún lugar de la cuenca del Amazonas. Y así era.

El Bosque Nacional Superior era hermoso, realmente hermoso. Era la patria de los transportistas de las empresas peleteras. Cuando era joven, deseaba que los días de aquellos transportistas no hubiesen terminado para poder ser uno de ellos. Cruzó praderas, vio tres alces, un zorro rojo y muchos ciervos. Se detuvo junto a un estanque y fotografió algunos reflejos de una rama de árbol deformada en el agua. Cuando terminó, se sentó

en el estribo de la camioneta a beber café, a fumar un Camel y a escuchar el viento en los abedules.

«Sería bueno tener a alguien, a una mujer», pensó, mirando flotar el humo del cigarrillo sobre el agua. «Cuando uno envejece se pone así». Pero sus largas estancias lejos de Bellingham serían difíciles de soportar para ella. Ya lo había aprendido.

Cuando estaba en su casa, en Bellingham, veía de vez en cuando a la directora creativa de una agencia de publicidad de Seattle. La había conocido mientras hacían un trabajo juntos. Ella tenía cuarenta y dos años, era una persona inteligente y agradable; pero él no la amaba, no la amaría nunca.

Sin embargo, alguna noche los dos se sentían un poco solos y salían juntos. Iban al cine, tomaban unas cervezas, y más tarde se acostaban y todo salía bastante bien. Ella había tenido su vida; había trabajado de camarera en varios bares cuando iba a la universidad y se había casado dos veces.

Después de hacer el amor, mientras seguían juntos en la cama, ella siempre le decía: «Eres el mejor, Robert, no tienes competencia, no hay quien se te acerque siquiera».

Él suponía que a un hombre debía de gustarle que le dijeran eso, pero no era tan experimentado y de todos modos no tenía forma de saber si ella

le decía la verdad. Una vez, ella dijo algo que no pudo olvidar. «Robert, hay un ser dentro de ti que yo no llego a sacar a la superficie, que no tengo fuerzas suficientes para alcanzar. A veces siento que hace mucho tiempo que existes, más que una vida, y que has estado en lugares con los que ninguno de nosotros ha soñado jamás. Me asustas, a pesar de que eres muy delicado. Si no luchara por controlarme cuando estoy contigo, sentiría que puedo perderme a mí misma y no volver a encontrarme».

Él comprendía, ambiguamente, de qué hablaba ella. Pero no podía apresarla. Desde que era niño en su pueblecito de Ohio había tenido ciertos pensamientos erráticos, un melancólico sentido de lo trágico, combinado con una intensa potencia física e intelectual. Mientras otros chicos cantaban *Row, Row Your Boat*, él aprendía la melodía y la letra en inglés de una canción de cabaret francesa.

Le gustaban las palabras y las imágenes. Una de sus favoritas era «azul». Le gustaba la sensación en los labios y en la lengua mientras la pronunciaba. «Las palabras provocan sensaciones físicas, no solamente transmiten significados», recordaba haber pensado cuando era joven. Le atraían otras por el sonido: «distante», «humo», «camino», «antiguo», «pasaje», «viajero», «India». Disfrutaba del

sonido y del sabor, y de lo que evocaban en su mente. En las paredes de su cuarto había listas de sus preferidas.

Luego combinaba las palabras en frases y también las ponía a la vista:

Demasiado cerca del fuego.

Vine del este con un pequeño grupo de viajeros.

*Los constantes murmullos de los que me salvarían
y los que iban a venderme.*

Talismán, talismán, muéstrame tus secretos.

Timonel, timonel, llévame de vuelta a casa.

*Desnudo en el lugar donde nadan las ballenas
azules.*

*Ella le deseó trenes con chimeneas humeantes
que partieran de las estaciones en invierno.*

*Antes de ser hombre fui flecha; hace mucho
tiempo.*

Le encantaban asimismo los nombres de algunos lugares: la corriente somalí, las Grandes Montañas Hatchet, el estrecho de Malaca y muchos otros. A veces, las listas de palabras y frases cubrían totalmente su habitación.

Hasta su madre notaba que en él había algo diferente. Robert no habló hasta los tres años, y luego empezó a hacerlo con oraciones completas; a los cinco años sabía leer. En la escuela era un estudiante indiferente que frustraba a sus profesores. Miraban sus coeficientes de inteligencia y le hablaban de lograr cosas, de hacer lo que era capaz de hacer; le decían que podía llegar a ser lo que quisiese. Uno de sus profesores de secundaria escribió lo siguiente en una evaluación: «Robert piensa que las pruebas de inteligencia son una forma muy deficiente de juzgar la capacidad de la gente porque no pueden explicar lo mágico, que tiene su propia importancia, no solo en sí mismo sino como complemento de la lógica. Sugiero conversar con sus padres».

La madre habló con varios profesores. Cuando ellos hacían mención a la conducta algo recalcitrante de Robert dadas sus posibilidades, decía: «Robert vive en un mundo propio, inventado por él. Sé que es mi hijo, pero a veces tengo la sensación de que no ha nacido de mi marido y de mí, sino de otro lugar al que está intentando volver. Aprecio el interés que ustedes se toman, y trataré una vez más de estimularlo a que trabaje más en la escuela».

Pero él se contentaba con leer todos los libros

de aventuras y de viajes que encontraba en la biblioteca del colegio, y el resto del tiempo andaba solo. Pasaba los días junto al río que corría por las afueras de la ciudad, y pasaba por alto fiestas, partidos de fútbol y demás, que lo aburrían. Pescaba, nadaba, caminaba y se acostaba sobre la hierba, escuchando voces lejanas, y se imaginaba que era el único en oírlos. Hay brujos por aquí, se decía. Si uno calla y no se cierra, los oye, están ahí. Y le hubiera gustado tener un perro para compartir esos momentos.

No había dinero para la universidad. Tampoco deseaba ir. Su padre trabajaba mucho y era bueno con su familia, pero el trabajo en una fábrica de válvulas no dejaba mucho para otras cosas, ni para alimentar a un perro. Robert tenía dieciocho años cuando murió, de manera que se alistó en el ejército para poder mantenerse a sí mismo y a su madre en la época más dura de la Gran Depresión. Estuvo en el ejército cuatro años, pero esos cuatro años cambiaron su vida.

Por el misterioso funcionamiento de la mente militar, le asignaron la tarea de ayudante de fotógrafo, aunque ni siquiera sabía poner un rollo en una cámara. Pero aquel trabajo le reveló su vocación. Los detalles técnicos no le plantearon dificultades. En un mes, no solo hacía el revelado

para dos fotógrafos del equipo, sino que también le permitían realizar proyectos sencillos.

Uno de los fotógrafos, Jim Peterson, le tenía simpatía, y dedicó horas extras a enseñarle las sutilezas de su profesión. Robert Kincaid tomó prestados libros de fotografía y de arte de la biblioteca de Fort Monmouth y los estudió. Desde el principio le gustaron particularmente los impresionistas franceses y el uso de la luz de Rembrandt.

Con el tiempo, comenzó a darse cuenta de que era esa luz lo que fotografiaba, no los objetos. Estos eran meros vehículos para reflejarla. Si la luz era buena, siempre había algo que valiera la pena fotografiar. Entonces empezaban a venderse las cámaras de treinta y cinco milímetros; Robert compró una Leica usada en una tienda local. La llevó a Cape May, en New Jersey, y se pasó una semana de su permiso fotografiando la vida en la playa.

Otra vez fue en autobús a Maine e hizo autoes-top por la costa. Desde Stonington, la lancha correo le llevó de madrugada hasta la isla Au Haut, donde acampó. Luego, cruzó en ferry la bahía de Fundy hasta Nueva Escocia. Empezó a tomar notas sobre sus composiciones fotográficas y sobre los lugares que quería volver a visitar. Cuando salió del ejército, a los veintidós años, era bastante bueno

y encontró trabajo en Nueva York como ayudante de un conocido fotógrafo de moda.

Las modelos eran hermosas; salió con unas cuantas y se enamoró un poco de una, hasta que ella se mudó a París y se separaron. Ella le dijo: «Robert, no estoy segura de quién eres o qué eres pero, por favor, ven a verme a París». Él le dijo que iría, y lo dijo en serio, pero nunca fue. Años más tarde, cuando hacía un reportaje sobre las playas de Normandía, encontró el nombre de esa muchacha en la guía de teléfonos de París, la llamó y tomaron un café en un bar al aire libre. Ella estaba casada con un director de cine y tenía tres hijos.

A Robert no le atraía demasiado la idea de la moda. La gente tiraba ropa perfectamente buena o la reformaba apresuradamente siguiendo las indicaciones de los dictadores de tendencias en Europa. Le parecía muy estúpido, y se sentía minusvalorado por tener que captar imágenes de eso. «Uno es lo que produce», dijo al dejar el trabajo.

Su madre murió durante el segundo año que estuvo en Nueva York. Volvió a Ohio, la enterró, y luego un abogado le leyó el testamento. No había quedado mucho. Él no esperaba nada. Pero le sorprendió enterarse de que sus padres habían logrado ahorrar después de pagar la hipoteca de

la casita de Franklin Street donde habían pasado toda su vida de casados. Robert la vendió y compró equipo fotográfico de primera clase con el dinero. Mientras pagaba la cámara, pensó en los años que su padre había trabajado para ganar esos dólares y en la vida sencilla que habían llevado.

Algunos de sus trabajos comenzaron a salir en revistas. Después, lo llamaron de la *National Geographic*. Habían visto en un calendario, una foto tomada por él en Cape May. Habló con ellos, le dieron un trabajo de poca importancia, que realizó de forma muy profesional, y con eso se abrió camino.

El ejército volvió a llamarlo en 1943. Fue con los marines a arrastrarse por las playas del Pacífico Sur, con las cámaras colgadas de los hombros, tendido de espaldas, fotografiando a los hombres que salían de los vehículos anfibios. Observó el terror en sus rostros, lo sintió él mismo. Los vio partidos en dos por el fuego de las ametralladoras, les oyó pedir ayuda a Dios y a sus madres. Lo captó todo, sobrevivió y nunca se sintió fascinado por la supuesta gloria y aventura del reportaje de guerra.

Al ser desmovilizado en 1945, llamó a la *National Geographic*. Lo estaban esperando. Se compró

una motocicleta en San Francisco, fue con ella a Big Sur, hizo el amor en la playa con una violoncelista de Carmel, y volvió al norte para explorar el estado de Washington. Le gustó el lugar y lo eligió como base de operaciones.

Ahora, a los cincuenta y dos años, seguía estudiando la luz. Había estado en la mayor parte de los lugares cuyos nombres fijaba en las paredes de su cuarto cuando era niño, y se maravillaba de estar allí cuando los visitaba, de sentarse en el Raffles Bar, de remontar el Amazonas en una ruidosa lancha fluvial o de balancearse sobre un camello por el desierto de Rajastani.

La costa del Lago Superior era tan bonita como le habían explicado. Tomó algunas fotos para poder recordarla, y siguió bordeando el Misisipí hacia Iowa. Nunca había estado en Iowa, pero lo sedujeron las colinas al nordeste del gran río. Se detuvo en la pequeña ciudad de Clayton, donde alquiló una habitación en un motel de pescadores. Durante dos mañanas fotografió los remolcadores, y una tarde se montó en uno de ellos invitado por un piloto al que había conocido en un bar local.

Pasó la carretera 65, cruzó Des Moines a primera hora de la mañana del lunes 16 de agosto de 1965, giró al oeste por la carretera de Iowa 92, y se dirigió a Madison County y a los puentes cu-

biertos que debía haber allí, según la *National Geographic*. Efectivamente, ahí estaban; el empleado de la estación de servicio Texaco se lo aseguró y le indicó vagamente cómo llegar a los siete puentes.

Encontró fácilmente los seis primeros, y fue anotando su lugar en el mapa para preparar así su estrategia fotográfica. Pero no lograba localizar el séptimo, llamado Roseman Bridge. Hacía calor. Robert tenía calor, Harry —su furgoneta— estaba ardiendo, y recorría caminos de grava que no parecían llevar a ninguna parte excepto al siguiente camino de grava.

Cuando se hallaba en un sitio desconocido, la regla de oro de Robert era «preguntar tres veces». Había descubierto que tres respuestas, aunque estuviesen las tres equivocadas, gradualmente lo conducían a uno a donde quisiera ir. Tal vez hoy bastara con dos preguntas.

Se acercó a un buzón que se avistaba al final de un sendero de menos de cien metros. El nombre del buzón decía «Richard Johnson, RR 2». Disminuyó la velocidad y entró en el sendero en busca de un guía.

Al llegar a la casa vio a una mujer sentada en el porche. El lugar parecía fresco, y la mujer tenía en la mano un vaso con una bebida de aspecto

aún más fresco. Se levantó y fue hacia él. Robert bajó del camión y la miró, la miró más atentamente, y luego más atentamente aún. Era hermosa, o lo había sido, o podía volver a serlo. Y de inmediato empezó a sentir esa vieja torpeza que siempre lo acometía ante las mujeres que lo atraían, aunque solo fuera un poco.